

Fuentes, Juan Francisco (2020): *1981. El golpe que acabó con todos los golpes*. Madrid: Taurus, 231 páginas.

“Algún día me gustaría que me contarán el 23 de febrero. Yo no lo sé”, espetó el teniente coronel Tejero en una de las sesiones del juicio celebrado en 1982. Años más tarde, en 1995, el teniente general Manuel Gutiérrez Mellado consideraba, en cambio, que el 23-F “era una fecha más”, que, “gracias a las televisiones, no hace falta explicarlo”. No obstante, entre una y otra consideración categórica sigue existiendo hoy, algo más de cuarenta años después, un amplio espacio para el análisis y la interpretación. Efectivamente han abundado las opiniones de todo tipo y color, las instrumentalizaciones políticas interesadas, los tópicos, los comentarios especulativos sin base empírica –o con fundamento sencillamente torticero–, así como una agotadora pléyade de valoraciones fiscalizadoras o exculpatorias. El 23-F ha sido pasto de abundantes memorias personales y también el argumento axial –que ha terminado por orientarse en direcciones opuestas– para la memoria sobre la Transición y el sistema constitucional resultante de aquella dinámica de cambio. En cambio, el tratamiento historiográfico riguroso ha sido comparativamente menos trabajado y no por falta de materia prima a la que someter a crítica, aunque por supuesto estamos aún lejos de un acceso absoluto y sin restricciones –barra libre– a todas las fuentes documentales posibles, en especial a ciertos materiales oficiales. Este hecho, junto a los cansinos ecos de su tratamiento periodístico y político, o su inmediatez en el tiempo y el riesgo de carecer de una adecuada “perspectiva”, pueden esgrimirse como causas de esa debilidad historiográfica.

Debilidad, pero relativa, cabría argüir, dado que la Transición conforma hoy un ámbito de especialización con un amplísimo bagaje de estudios y un vasto catálogo de cuestiones a debate. En este marco se inscribe la monografía de Juan Francisco Fuentes, aparecida en una colección de la editorial Taurus dedicada a analizar en profundidad distintos días clave en la historia española del siglo XX. En este sentido, el trabajo se articula desde un enfoque explicativo muy riguroso y fundamentado, que sitúa, para su comprensión, el episodio singular del 23 de febrero en un escenario definido por la superposición de círculos temporales concéntricos y por su emplazamiento en unas coordenadas comprensivas amplias que superan los estrictos límites de una jornada de veinticuatro horas. Lejos de pretender destripar *toda* la verdad –un argumento falaz, que con frecuencia ha encubierto ejercicios de prestidigitación narrativa en el peor sentido del término– el autor propone, según sus propias palabras, una aproximación al acontecimiento en forma de “historia veraz” que permita aquilatar en sus justos términos la sustancia histórica y las dimensiones de memoria que han nutrido al 23-F.

El más amplio de tales círculos concéntricos, que se retrotrae hasta los inicios del siglo XIX, escarba en la genealogía y las manifestaciones del pronunciamiento como herramienta reiterativa que marcó la vida política española. Son los antecedentes lejanos del 23-F, si bien aquel golpe respondió, por supuesto, a factores específicos. Sin duda es posible establecer un juego de afinidades y contrastes, pero no puros mimetismos anacrónicos que aludan a una maldición histórica, el extremo que diversos periódicos europeos –en un tono a veces de descarnado sensacionalismo– imprimieron a sus informaciones de urgencia el 24 de febrero de 1981, al hablar de “guerra civil” o de “fantasmas del pasado”. Tejero no era Pavía, a pesar de la exacta correspondencia espacial entre las asonadas que ambos protagonizaron.

Los dos grandes golpes del siglo XX –el de Primo de Rivera y el 18 de julio– sí parecen conectar mejor con determinados aspectos del 23-F. En un caso, porque el éxito del capitán general de Cataluña es inexplicable sin el respaldo regio. En el otro, puesto que el grueso de la implicación militar comprometida en el 23-F provenía de un universo castrense todavía marcado estructuralmente por la dictadura franquista y por los ecos de la victoria en la Guerra Civil. De aquí se deriva, a su vez, una cuestión de calado muy presente en ciertos ambientes militares tras el fracaso de la asonada: el papel del rey Juan Carlos, explicado desde el enfoque omnicomprendivo de una traición a sus pares. El golpe se hizo no solo en nombre del rey, sino con la aquiescencia del monarca, se dijo entonces. Fue Juan Carlos quién alimentó el levantamiento y movió sus hilos. Y, al final, todo aquello fue una sibilina operación que terminó fortaleciéndole cara a la opinión pública, empleando como peones a sacrificar a aquellos que dieron el paso, después sentados en el banquillo de los acusados.

Semejante tesis era, por supuesto, coherente con la estrategia de defensa asumida por la mayor parte de los encausados –que invocaron el principio de obediencia debida– e igualmente concordaba con el acusado carácter nostálgico e involucionista que dominó en la operación golpista. Cosa distinta es cuestionarnos hasta qué punto resonaron en la defensa constitucional activada en la Zarzuela desde la media tarde del 23 de febrero

los ecos de septiembre de 1923, y más aún los de los coroneles griegos y la errática actitud del monarca heleno en 1967, primero dejando hacer y después intentando un frustrado contra-golpe. En uno y otro caso, aunque de maneras distintas, la corona ligó su futuro con su plácet al golpismo. Y en uno y en otro caso –Alfonso XIII, Constantino II– tal decisión acabó abriendo las puertas al exilio y a la república. Esta perspectiva plantea, obviamente, el hecho (y la percepción) de que en el 23-F estaba en juego no solo la democracia, sino la propia monarquía.

De otra parte, podemos cambiar el prisma para preguntarnos, en clave de hipótesis contrafactual, qué salida política habría cristalizado en caso de que hubiese triunfado la asonada. ¿La opción ultra encarnada en Tejero?, ¿La del autoritarismo duro, que dejase claro que el ejército era de nuevo el árbitro decisivo de la situación, representada por Milans?, ¿La ambigua solución correctiva al estilo De Gaulle, con un gabinete de concentración –qué incluso incluía comunistas– presidido por Alfonso Armada? Las desavenencias existentes en la trama golpista dan pistas muy claras acerca de las contradicciones y la debilidad que supura ese futurible alternativo tan brumoso, lo cual permite considerar un extremo más: estimar al 23-F no tanto como el frontispicio de la definitiva consolidación democrática, como la evidencia de que tal consolidación estaba ya fuertemente anclada y era un innegable hecho social.

El círculo temático y argumental central, al que Juan Francisco Fuentes dedica el grueso de su trabajo, se sitúa en la apretada secuencia histórica que abarca de 1980 al fiasco definitivo del golpe, al mediodía del día 24 de febrero. En este caso cabe diferenciar dos espacios temporales definidos por un tratamiento de grado diferente. Las horas que mediaron entre la ruidosa irrupción de Tejero al hemiciclo de las Cortes y la vergonzante salida de algunos asaltantes por las ventanas del palacio de la carrera de San Jerónimo son reconstruidas con extraordinario detalle y consistencia, atendiendo a esas “tres pistas” decisivas –el Palacio de las Cortes, Valencia y Zarzuela– en las que se desarrolló la crisis política. En cambio, la antesala del golpe es abordada en el libro con el paso cauteloso de quien sabe que camina por un terreno enfangado y algo incierto. 1980 constituye un complejísimo telón de fondo en el que se sumaron las conspiraciones y los rumores; el ruido de sables y, en expresión de Leopoldo Calvo-Sotelo, el “ruido de tenedores”; las andanzas de Armada y la cada vez mayor debilidad de Suárez; la preocupación en muchos ámbitos y las presiones, Zarzuela incluida. Ya en los años noventa Adolfo Suárez subrayó que si él hubiese conocido con certeza y anticipación el 23-F, jamás habría dimitido. Con ello, en cierto modo, intentaba corregir a posteriori el alud de interpretaciones que se hicieron de aquella frase, tan aparentemente imprecisa sobre todo si se la saca de contexto, que dejó caer en su intervención del 29 de enero de 1981: “yo no quiero que el sistema democrático de convivencia sea, una vez más, un paréntesis en la historia de España”.

La memoria, en forma de relato periodístico o de publicística polemista dirigida al gran público, conforma el último de los círculos concéntricos que enhebran el análisis de Juan Francisco Fuentes. En este caso, el autor aborda algunas muestras destacables aparecidas desde los años noventa de la mano de autores tan dispares como Jesús Palacios, Pilar Urbano, Iñaki Anasagasti o Jordi Évole, que habrían “deconstruido” el 23-F desde dos premisas básicas compartidas: considerar que, hasta entonces, se habría sustraído a la ciudadanía la *verdad* del golpe y que esta se fundaba, de manera esencial, en la implicación y el aliento del monarca. De hecho, ambos argumentos no eran nuevos en absoluto. Tal y como resalta Juan Francisco Fuentes, recuperaban y ponían al día mediante estrategias distintas –el presumible ensayo histórico, los apuntes que desvelaban hipotéticos testimonios puestos en boca de figuras capitales, el *mockumentary* para el *prime time* televisivo...– el argumento de trasladar a Juan Carlos la responsabilidad del golpe en coherencia con la lógica de la obediencia debida manejada por las defensas en el juicio celebrado en Campamento.

De este modo, con el paso del tiempo, los argumentos empleados por la extrema derecha acabaron circulando, en un peculiar ejercicio de travestismo, por otros muchos recovecos del espacio político. Tras ese tránsito se escondían renovadas lecturas críticas sobre la monarquía, interesantes, ante todo, porque ilustran sobre algunas modulaciones de memoria y sus expresiones narrativas y simbólicas. En cambio, la posición pública adoptada tras la intentona por Santiago Carrillo, el secretario general del Partido Comunista de España, constituyó un auténtico contrapunto a las tesis de la implicación o el auto-golpe regio, algo que, a ojos de algún despistado sobre la Transición, podría parecer incluso la constatación de que entonces se vivía en un mundo al revés. En unas declaraciones para la prensa, Carrillo no solo enfatizó “altísimamente el papel” jugado por el monarca en aquella jornada, sino que recalcó además que “fueron camaradas míos los que, al grito de viva el Rey, desbarataron [un conato de presencia de] banderas republicanas” en la multitudinaria manifestación celebrada en Madrid el 26 de febrero.

Quizá en el recorrido que se efectúa en el libro por esas prácticas de “deconstrucción” del 23-F se echa en falta una incursión reflexiva paralela por sus pares opuestos. La manida expresión “el relato oficial” tuvo su sustanciación más precisa, sin duda, en las abundantes narrativas periodísticas que encumbraron una lectura con frecuencia hagiográfica y ahistórica sobre la actitud del rey, del mismo modo que la también gastada alusión al “pacto de silencio” encontró su reflejo más acertado en el edulcorado tratamiento de que fueron objeto el monarca y la familia real durante décadas en los medios de comunicación. Un buen ejemplo de esa idealizada sobrecarga simbólica, y de su intensa y dilatada capitalización en el tiempo, lo encontramos, por ejemplo, en un documental para TVE –otro ejercicio de memoria, pues– emitido en noviembre de

1995 con el título *Juan Carlos I. Veinte años de reinado*. En él se quintaesenciaba el maridaje entre Juan Carlos y el liderazgo providencial jugado el 23-F, del mismo modo que la figura del monarca y su entorno servían de encarnación plástica para una imagen de modernidad dinámica, muy propia del autocomplaciente período posterior a los fastos del 92. De hecho, el recurso reiterado al episodio del 23-F como estrategia de reconocimiento y legitimación de la corona se prolongó, a través de muy diversos productos mediáticos, hasta 2010, reverdeciendo nuevamente, aunque con un grado de exaltación menor al dispensado en el pasado, en el verano de 2014, durante el proceso de abdicación.

23 de febrero de 1981. El golpe que acabó con todos los golpes despliega, en todo caso, un repaso –a la vez lúcido, sistemático y sintético– por el golpe y sus circunstancias, por su sentido y naturaleza histórica, por sus antecedentes y condicionantes, su dramático epicentro entre la tarde del 23 y el mediodía del 24 de febrero y por su memoria crítica desde los años noventa hasta el momento más cercano. En este sentido, el libro compone una mirada histórica de extraordinario valor y consistencia, y también un explícito ejemplo de compromiso intelectual con el oficio del historiador y la apuesta por el rigor. Y todo ello en un contexto de escritura nada proclive a las luces, y no a las sombras, del ahora rey emérito. Ascenso y caída, cabría resumir, ante el acusadísimo contraste que destilan los episodios de hagiografía acrítica de antaño frente a los actuales de condena y enmienda a la totalidad frente a su persona. Un contraste que cabe resumir cotejando dos fotografías, diametralmente opuestas, de *París Match*. Este medio dio a conocer en el verano de 2020 la desacralizadora estampa del soberano en una barbacoa, en pleno escándalo fiscal y financiero pocas semanas después de la marcha a Abu Dabi. En cambio, al glosar el golpe del 23-F, la portada del mismo semanario presentó un retrato del monarca con atuendo militar junto al contundente titular “Le roi sauve l’Espagne”.

José Carlos Rueda Laffond
Universidad Complutense de Madrid
jcrueda@ucm.es